

Carta del Illmo. Sr. D. Juan de Mañozca, arzobispo de México á nuestro Santísimo Padre Inocencio X. Beatísimo Padre: ante los ojos de V. S., parece y se presenta, &c.—*Rivas.*

Declaracion que en el mismo dia en que recibió el sagrado Viático hizo el Illmo. y Exmo. Sr. D. Márcos de Torres y Rueda, obispo de Yucatán y gobernador de estos reinos.

Protesta hecha por las dos esclarecidas religiones de Santo Domingo y San Francisco, con ocasion de haberse publicado la residencia del Sr. Palafox el tiempo que fué virey. Las sagradas religiones mendicantes de esta Nueva-España, &c.

Respuestas de veinte señores obispos de España sobre la carta al Sr. Inocencio X.

Respuesta del eminentísimo cardenal Belluga consultado sobre la publicacion de la carta del Sr. Inocencio.

Carta del Sr. D. Felipe IV á D. Juan de Palafox, cuyo original se guarda en el real archivo de Simancas.

EL EDITOR.

A la página 273 de este tomo, he colocado el retrato del padre Pedro de Velasco, así como en las impugnaciones de los jesuitas, los enemigos de estos han colocado el del Sr. D. Juan de Palafox para mostrar á la América quién fué aquel hombre que sostuvo una lid tan reñida con el gigante de poder, prestigio y autoridad que ha visto la Nueva-España. No se recusará nuestro testimonio por ser sacado de un escritor *poblano* apasionado del Sr. Palafox, es decir, del canónigo Beristain, que en el artículo Velasco, tomo 3 de su Biblioteca Hispano-Americana página 284, dice lo siguiente.

Velasco (P. Pedro) nació en México el año de 1581, de la esclarecida sangre de los condestables de Castilla. Fué sobrino del virey D. Luis, é hijo de D. Diego, del orden de Santiago, y de Doña María Melendez Avilés, de la casa del conquistador de la Florida. Estudió en el colegio de S. Ildefonso la filosofía, y recibió el grado de maestro en artes en la Universidad de México. Por consejo del venerable Gregorio Lopez, á quien fué á visitar á su hermita de Santa Fé, tomó la sotana de jesuita á los 15 años de su edad. Salió tan aventajado teólogo, que supo de memoria toda la Suma de Santo Tomás: y consta que ayudó al padre D. Rubio en la obra de los *Comentarios* sobre Aristóteles, que tanto aprecio merecieron en América y en Europa. Pero prefiriendo la salud de sus prójimos á su propia ilustracion, y la gloria de Dios á las humanas que podia lograr por las ciencias, pidió ser destinado á las misiones de los infieles, y fué 14 años misionero de los indios de Sinaloa, y el apóstol y primer predicador que convirtió á los *chicoratos, bacapaces, gozopas, oroniratos, bayacatos y cahametos*, de los cuales bautizó mas de seis mil adultos y á

Volviendo á tomar el hilo de nuestra narracion, en el año de 1649 Muerte del padre Tomás Chacon. todo lo demas corria con prosperidad, que solo pudieron interrumpir las muertes de algunos sugetos insignes. En Pátzcuaro, el padre Tomás Chacon, fervoroso operario que por espacio de mas de 20 años cultivó la nacion de los tarascos. Jamás usó sábana de lino sino en la última enfermedad obligado de la obediencia. Trajo siempre sobre

todos sus hijos hasta el número de veinte mil. Y habiendo deseado la provincia de la Compañía tenerlo en México y emplaceo en cátedras, le escribió el provincial, ofreciéndole la de filosofía del colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo. A lo que respondió en carta, que he leído, así: „Yo, mi padre provincial, me siento muy aficionado á estos pobrecitos, y á este ministerio, y repugnante al lucido de los españoles; lo cual, aunque no debiera tener lugar, para rendirme á la santa obediencia, todavía lo represento á V. P. como amoroso padre, y como á superior le pongo por delante la mayor gloria de Dios, que por ventura se impedirá con mi mudanza; pues en los tres primeros años se murieron bautizados por mí mas de trescientos indios, de lo cual se habrá seguido á Dios mas gloria, que si en este tiempo hubiera yo leído en México un curso de artes. He aprendido ya dos idiomas de estas gentes, y voy tras el tercero. . . . Las cátedras se podrán allá suplir con otros muchos con mas satisfaccion. . . . y es muy grande mi sentimiento al considerar que he de trocar el libro del Evangelio de Cristo por los de Aristóteles. . . . El Sr. virey, mi tío, tendrá á bien que yo me quede entre estas gentes desamparadas: ya le escribo sobre ello. . . . En efecto, permaneció allí 14 años, al cabo de los cuales, fué traído á México, donde le nombraron catedrático de sagrada Escritura y luego rector del colegio de S. Ildefonso. En 1638 pasó á Madrid y Roma, como procurador general de la provincia de la Nueva-España, y á su regreso trajo catorce religiosos jesuitas europeos. Fué en seguida prepósito de la Casa Profesa de México, rector del máximo y provincial nombrado en 1646. En su gobierno se suscitó la molestísima controversia de los jesuitas de la Puebla de los Angeles con su obispo el venerable Sr. Palafox. Nuestro Velasco sostuvo la causa de su religion, sin haberse excedido jamás en las *Defensas* que el mismo escribió, y en las que no se nota palabra que se oponga á la modestia religiosa, ni á la cortesanía. Sobre lo cual es digno de notarse lo que dejó escrito su confesor el padre Domingo Alburquerque: „Cosa rara, (dice) caso estupendo! ¡Argumento de pureza de conciencia y alma, como un cielo exento de peregrinas impresiones! Pongo por testigo al mismo cielo, y al mismo Rey de los cielos, y á cuantos con él reinan, de que en todo el tiempo que confesé al padre Velasco, no le hallé, ni tuvo jamás de qué acusarse en razon del Sr. D. Juan de Palafox, ni de cosa que á S. E. tocase, ni aun oliese de mil leguas, como si nunca tal obispo hubiera en el mundo; y esto, aun en su última enfermedad y postreras reconciliaciones. . . . Contínuo en la oracion y en la leccion de las santas Escrituras y del Dr. Angélico, que lefa de rodillas, como el Eximio Suarez, falleció el padre Velasco de 86 años á 26 de agosto de 1649. Le hizo los oficios de sepultura el Illmo. D. Nicolás de la Torre, obispo de la Habana, con asistencia del Illmo.

el pecho una cruz con agudas puntas de hierro, fuera de otras mortificaciones con que se afligia ordinariamente. Por muchos años tomó para sí el oficio de leer en el refectorio, el cual no permitió que otro ejercitase aun en el tiempo que fué rector de aquel colegio. Destinado segunda vez al mismo empleo, propuso con tan vivas instancias, que por no mortificarlo hubieron de condescender los superiores. La muerte se le ocasionó de las fatigas de una mision, que por cinco ó mas meses habia hecho en compañía del padre Andrés Cobian el año antecedente por todo el obispado de Valladolid. Murió el día 1.º de mayo, en que honra su memoria nuestro menológico, aunque en él se pone su fallecimiento el año de 1644, con un conocido equívoco, pues el año de 48 habia hecho la mision de que hablamos, y cuya relacion enviada por su compañero, se conserva en el archivo de provincia. La carta anua de 49, es donde se refiere su muerte, y el mismo autor del menológico se veria precisado á corregirlo, si hubiese advertido que viniendo de España el año de 1628, y habiendo muerto el de 44 no podia haber estado 22 años entre los tarascos, como allí mismo se dice.

Muerte del padre Francisco de Arista.

En el colegio de Guatemala murió el padre Francisco de Arista de edad de 84 años, los mas de ellos empleados en la conversion de los gentiles en Parras y laguna de S. Pedro. Fundó con inmensos trabajos aquella cristiandad, en que estuvo solo algun tiempo, rodeado de gravísimos peligros de la vida: despues de 16 años de este apostólico ejercicio, pasó á Guatemala muy á los principios de la fundacion de aquel colegio. Su fervor y la suavidad de sus religiosas costumbres le atrajeron bien presto la estimacion de toda la ciudad. Fué muy singular la que tuvieron de su persona los Illmos. Sres. D. Fr. Juan de Sandoval y D. Bartolomé Gonzalez Soltero, obispo de Guatemala. El primero quiso tenerlo á su cabecera hasta el último aliento, y solia decir que moriria gustoso si el Señor le concedia esa fortuna. El segun-

D. Fr. Marcos Ramirez de Prado, obispo de Michoacán, que se hallaban en México. Escribió

Varias Cartas y representaciones, sobre los ruidosos asuntos de los jesuitas con el Sr. Palafox. *Imp. y Mss.*

Apología por las doctrinas y curatos de los religiosos. *Imp. en fol.*

Arte de una de las lenguas de Sinaloa. *Ms.*

Comentario sobre el Evangelio de S. Juan. *Ms.*

Hace mencion de él el padre Alegre en su *Historia de la provincia de la Compañía de Jesus de México.*

do, no contento con asistir personalmente á sus exéquias, hizo convidar para ellas á entrambos cabildos, y los mas distinguidos ciudadanos. Uno de los padres que lo habia confesado generalmente catorce años ántes, á los setenta de su edad, depuso con juramento sin ser preguntado, que hasta aquel tiempo no habia perdido la gracia bautismal.

En México, falleció en el colegio máximo el padre Baltazar Cervantes. Despues de haber empleado los primeros años de su sacerdocio en las misiones de Sinaloa, fué llamado á leer filosofia en el colegio de México, de donde pasó á Oaxaca, su pátria, no sin gran repugnancia suya, que propuso muy eficazmente, aunque con mucha resignacion á los superiores. Aquí, renunciando los grandes aplausos que le seguian en el púlpito, en que tenia singular gracia, se resolvió á no predicar sino en mexicano á los indios de Jalatlaco, pequeño pueblo, que aunque sin título de curas, habia tomado la Compañía á su cargo. En este trabajoso y obscuro ministerio, perseveró algunos años hasta que vino á México, donde Dios le queria poner á nuestra juventud como un espejo clarísimo de observancia religiosa. Fué de una nímia escrupulosidad en todo cuanto podia amancillar la pureza evangélica que prescriben nuestras reglas: estrechísimo en la pobreza: constante en la penitencia y distribuciones: muy abstinente, y de tanto retiro, que muchos no le conocian en la casa. Le probó el Señor cerca de tres años con muchas y gravísimas enfermedades, que toleradas con una penitencia y alegría edificativa, le llevaron al descanso el día 2 de julio.

Muerte del padre Baltazar Cervantes.

El siguiente mes experimentó la provincia mayor pérdida en el padre Pedro de Velasco, uno de los sugetos de primer orden que ha tenido la Compañía en estas partes. Consumido de los trabajos y fatigas de su antecedente gobierno, acabó en el colegio máximo, donde se habia retirado. Sus nobilísimas cunas, su eminente literatura y profundísima humildad, su celo por la salvacion de las almas, que le hizo trabajar catorce años entre los gentiles, su continua mortificacion, su frecuente trato con Dios, acompañado de algunas singulares gracias con que el Señor se dignó manifestar cuanto se agradaba en la alma de su siervo, le merecieron la estimacion y aprecio de las primeras personas del reino y de muchos gravísimos sugetos de Europa, donde habia ido de procurador de la provincia. Es buena prueba de la constante opinion de su virtud, que en tantos ruidos maliciosos, y en tantos escritos y papeles, como en el tiempo en que fué provincial se divulgaron con-

Idem del padre Pedro de Velasco.

tra la Compañía y contra muchísimos sugetos en particular, nunca hablaron señaladamente del padre Pedro de Velasco en cosa que mirase ó pudiese manchar su persona, siendo el que por razon de su oficio estaba á la frente de los negocios. Murió el dia 26 de agosto. Honró su entierro el Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Márcos Ramirez de Prado, obispo de Michoacán, que se hallaba en México en la visita del tribunal de Cruzada. Llevaron en hombros el cuerpo los prelados de las religiones, é hizo el oficio sepulcral el Sr. Dr. D. Nicolás de la Torre, catedrático de prima de cánones de la real Universidad, dean de la Santa Iglesia Metropolitana y obispo electo de Cuba. En el diario de Gregorio Martin del Guijo hallamos apuntado este dia con estas palabras: „Murió á 26 de agosto el padre Pedro de Velasco con señales de perfecto religioso y verdadero amigo de Dios.” La relacion de sus virtudes tendrá mas oportuno lugar en otra parte.

Mision en México y su diócesis.

En el próximo adviento, el Illmo. Sr. D. Juan de Mañozca, deseando ver brotar en su diócesis los mismos frutos de penitencia que con la fervorosa mision de la Compañía se habian cogido tan copiosamente en la de Toledo, instó al padre provincial Andrés de Rada destinase algunos sugetos para este importante ministerio. Para este efecto y juntamente para borrar de los ánimos ménos cuerdos las impresiones que acaso habrian hecho en ellos tantos rumores y tantos libelos infamatorios, resolvió predicar un solemne edicto el dia 21 de noviembre, cosa no acostumbrada hasta entónces, proponiendo las gracias ó indulgencias concedidas á aquellos piadosos ejercicios, y añadiendo otras S. I. Señaló para la mision tres semanas en tres diferentes iglesias; que fueron la de la Santísima Trinidad y las dos parroquias de Santa Catarina Mártir y de la Santa Veracruz. Para el solemne jubileo de las doctrinas destinó la Catedral y las iglesias de la Compañía, fijando el dia de la comunión general para la festividad del apóstol S. Andrés. Su ilustrísima, asistiendo personalmente á las esplicaciones de doctrina en su Iglesia Catedral, y á varios ejercicios de la mision en otras diferentes iglesias, animaba el fervor de los operarios, é incitaba con el ejemplo á su rebaño para aprovecharse de aquel tiempo tan precioso en que todo respiraba religion, devocion y espíritu de penitencia. Esta misma diligencia habia hecho al mismo tiempo el ilustrísimo en cuasi todas las parroquias de su diócesis, despachando por todas partes misioneros de la Compañía, y previniendo á todos los beneficiados con el edicto y cartas cordilleras. En el arzobispado duró la mision por mas

de cinco meses hasta la cuaresma de 1650. El fruto, tanto en la ciudad como en su jurisdiccion, fué muy proporcionado á las piadosas intenciones del pastor, y al fervor, actividad y celo de los ministros evangélicos. Lo mismo se hizo en el obispado de Michoacán con tantas bendiciones del cielo, que en solo la villa de Zamora, fueron mas de ochocientas las confesiones, donde por la poca concordia que reinaba entre los ciudadanos, no se tenia esperanza de fruto alguno considerable.

Los principios de este año fueron funestos al colegio de Guatemala por la muerte del Illmo. Sr. D. *Bartolomé Gonzalez Soltero*, obispo de aquella Iglesia Catedral, y singular apreciador de la Compañía, que aconteció á los 25 de enero. En tiempos tan calamitosos y en que combatido de tantas maneras zozobraba el honor y buen nombre de los jesuitas, se esforzó su ilustrísima á dar las pruebas mas sinceras, no solo de estimacion, sino de una tierna familiaridad. Tuvo siempre por confesor á alguno de los padres: consultaba con ellos los negocios mas graves: honraba por lo comun las fiestas de nuestra Iglesia con su presencia y frecuentemente con su mesa á los padres, á quienes tambien especialmente á los maestros, procuraba algunos extraordinarios asuetos y llevaba al campo con singular dignacion y muestras de confianza. Finalmente, amó á la Compañía hasta el fin de sus dias llamando á sus religiosos para que le asistiesen, y entregando á Dios el alma en sus manos. Dejó al colegio algunas de sus mas estimadas alhajas y una librería con poco ménos de dos mil cuerpos de libros. Fué natural de la ciudad de México, rector de su Universidad, é inquisidor en su tribunal, hombre de grandes letras, y uno de los mas aplaudidos oradores que tuvo esta ciudad.

Muerte del Sr. obispo de Guatemala.

La provincia de Sinaloa nos ofrecé por este tiempo un suceso muy edificativo y de aquellos con que Dios ha manifestado en todos tiempos que no está abreviada su diestra poderosa. Habia entre los zuaques un indio anciano y de los primeros que el padre Andrés Perez habia bautizado de su nacion. La nobleza de su origen y hazañas hechas en sus guerras, le habian merecido un lugar muy distinguido entre los gentiles, y su fervor y celo le hizo distinguir muy presto entre los cristianos. Llamóse en el bautismo *D. Alonso Theicul*. Era bien formado de talle, de un entendimiento claro, de un génio suave, amante del bien de sus naturales, que sabia colocar prudentemente en la debida fidelidad á Dios y al rey. Estas prendas le merecieron la

Caso raro del cacique Alonso Theicul.

estimacion del capitan D. Diego Martinez de Hurdaide, que por tanto le honró con el título de gobernador de todo el rio de Zuaque. En este oficio correspondió enteramente á la espectacion del capitan gobernando los pueblos con dulzura, atrayéndolos con su ejemplo al culto de Dios, y manteniéndolos en la obediencia de S. M. y de los capitanes de la provincia, que todos sucesivamente lo continuaron en el empleo. Así pasó hasta el año de 48, que ya rendido al peso de la edad, pidió licencia para renunciar aquel cargo y vivir solo á sí mismo, preparándose para salir en paz de este mundo. Dos años, poco menos, pasó en su quietud, entregado á ejercicios de devocion, y disponiéndose á morir. Comulgaba todas las fiestas del Señor y de la Virgen Santísima, y otras solemnidades entre año, y altamente penetrado del saludable pensamiento de su próxima muerte, repetia esta diligencia siempre que sabia que el misionero habia de hacer ausencia á otros pueblos, como era muy frecuente y necesario, para que en aquel corto intervalo no le sobreviniese la muerte sin esta cristiana preparacion. Aconteció, pues, que sin noticia suya salió el padre de Mochicauí, su ordinaria residencia, para Charay, pueblo de su visita. A pocos dias, muy de mañana, le avisaron como el buen anciano se habia hecho llevar allí, y que deseaba verlo. El padre le reprendió amorosamente que en una edad tan avanzada hubiese tomado aquel trabajo, esponiéndose á peligro de morir en el camino, cuando sabia la puntualidad y el gusto con que corren los misioneros á la menor insinuacion de los enfermos. Padre mio, respondió D. Alonso, los fiscales, á cuyo cargo está el avisarte de los enfermos, estaban en sus labranzas á una legua del pueblo. No me pareció molestarlos, ni tuve corazon para esperar tanto tiempo. Has de saber que ha muchos años que incesantemente me fatiga el pensamiento de la cuenta que he de dar á Dios, y en estos últimos tiempos sin el cuidado de otras ocupaciones, ha sido mas continuo el tormento. ¡Ay de mí! me decia, ¿en qué he de parar? ¿qué será de mí despues de la muerte?... Estas congojas, el dia de ayer fueron tales, que sin poderme contener en presencia de mis hijos y familia, prorrumpí en unos sollozos y llanto amarguísimo. Los de casa, sabido el motivo de mis lágrimas procuraron cuanto les fué posible consolarme y animar mi confianza en la misericordia de Dios é intercesion de nuestra Madre la Virgen María. Ofrecieronme alimento que no pude pasar. Entónces mis pobres gentes llevando algunas piadosas ofrendas de flores y otras cosas, se fueron á la iglesia á implorar

por su padre el socorro de la Virgen María nuestra Madre. Rezaron el rosario, y juntos con los muchachos de la doctrina, cantaron algunas coplas en alabanza de nuestra Señora, de las que para este fin han compuesto los padres. Quiso Dios, padre mio, condescender con los piadosos ruegos de mi familia y consolarme. La Virgen Santísima se me dejó ver como está en la iglesia, acompañada de S. Ignacio y S. Francisco Javier, y me dieron prendas seguras de mi salvacion. Cuando volvieron á mi casa mis hijos, me hallaron bañado en lágrimas de consuelo, y les pedí que me trajesen á darte esta noticia.

El prudente misionero que oia este discurso, aunque satisfecho de la piedad y edificativa conducta de D. Alonso, creyó que habia soñado el buen anciano, ó que la edad decrepita, junta con una leve indisposicion le hacian vacilar el juicio. Presto salió de su turbacion, cuando el viejo D. Alonso prosiguió diciendo: „La Virgen Santísima nuestra Madre, me dijo: Alonso, hijo, no te dé pena por los pecados que cometiste en tu gentilidad cuando no conocias á Dios, que esos por el bautismo se borraron y consumieron. Por las faltas que cometiste siendo cristiano, estarás tres dias en el purgatorio, y morirás el sábado. Quedé atónito, dice en su relacion el misionero, oyendo semejantes razones de boca de un hombre simple y sencillo, que lo era, y de un natural muy apacible y sin algun artificio. Díjele entónces: Pues hoy es sábado, ¿hástede morir hoy? á que respondió levantando la mano: ahora no: el otro sábado tengo de morir, y añadió: Yo no he hecho mal á nadie, ni he levantado falso testimonio, ni he tenido mas de una muger, ni he cometido homicidio, ni he hurtado cosa agena. Esto de tomar vadeas, melones y elotes, es usanza nuestra, que no defendemos la comida, sino que con liberalidad nos socorremos y nos comunicamos hermanablemente nuestras cosas, sin reparar en mio ni tuyo. He padecido mucho por defender á mis súbditos; pero todo lo he llevado en paciencia. He acudido á las cosas de la Iglesia con mucho cuidado, sirviendo á los padres y respetándolos, y procurando que todos los respeten y amen como deben, y así S. Ignacio y S. Francisco Javier me lo agradecieron, y prometen que me ayudarán á la hora de mi muerte. Dicho esto se reconcilió y se fué á la iglesia, donde recibido el Viático y la Extremauncion, volvió al pueblo de Mochicauí. Yo quedé (dice el padre Villanuño) lleno de admiracion y de grandísimo consuelo, y dentro de pocos dias volví al pueblo con la curiosidad y deseo de ver si aquello se cumplia, y confirmar la relacion que la Virgen habia hecho

á su devoto y publicarla. Luego que llegué á Mochicaut con la precision de acudir á otros enfermos, de algunos bautismos, de esperar á recoger la gente de sus milpas y otros embarazos caseros, se me pasó de la memoria todo hasta el viernes á medio dia, que acordándome del viejo le envié de mi casa el alimento y á preguntarle como estaba. Respondió que agradecia mucho lo que le habia enviado; pero que gustaria mas de la comida celestial del alma, pidiéndome le diese la comunión el dia siguiente que deseaba salir de esta vida con ese nuevo refuerzo. El padre, viendo que permanecia constantemente en la misma persuacion, pasó á verlo á la tarde, le preguntó si queria confesarse. Respondió que solo le afligian los pecados de su gentilidad que habia confesado muchas veces. Al siguiente dia sábado, partió muy temprano á la iglesia, vestido á lo español *con espada y daga y sombrero de pluma*, que le habia regalado por favor el capitán *Hurdaide*. Comulgó hincado de rodillas haciendo ántes fervorosísimos actos de fé, esperanza y caridad, y perseveró mas de dos horas en accion de gracias. Despues de este tiempo habiendo asistido al santo sacrificio que pidió al padre ofreciese por él, siendo ya las nueve de la mañana y sintiéndose muy debilitado, se retiró á su casa. Todos los indios y los que habia españoles en el pueblo donde ya se habia publicado el caso, le seguian en tropas de su casa á la iglesia, y de vuelta á su casa. De allí á poco le siguió tambien el padre cuidadoso del éxito, y en cuya presencia á las once del dia entre afectos muy cristianos, sin mas enfermedad que la de los años y una ligera indisposicion, pasó tranquilamente de esta vida, dejando tan firmes esperanzas de su salvacion, y encendida en aquella nueva cristiandad una tierna confianza en la Santísima Virgen. Al siguiente dia domingo se le hizo el mas solemne funeral que se habia visto en aquellos paises. El padre Villanuño predicó de sus honras refiriendo el caso que ya se habia hecho público, y tomando de allí ocasion para animarlos á la devocion y tierna confianza en la Santísima Virgen, y al cumplimiento de las obligaciones de la vida cristiana.

Muerte de Benito Bayacegui.

Pocos meses despues le siguió otro de los principales caciques, que habiéndolo imitado en el fervor é inocencia de vida, consiguió en su muerte la misma tranquilidad. Llamábase *Benito Bayacegui*, cristiano antiguo y diligente catequista, por cuyo medio muchos habian sido instruidos en las verdades de la religion, y preparados al bautismo y á la participacion de los sagrados misterios. En muchos años jamás

dejó de oír misa cada dia, ni de emplear en la iglesia muchos ratos de oracion. Añadia los viernes y sábados una recia disciplina, de que quedaban regados con sangre el suelo y las paredes. Con tan piadosas disposiciones, conociendo que llegaba el fin de sus dias, se apresuró á llenar aquel último tiempo con mas frecuentes ejercicios de piedad. Confesaba una y aun dos veces cada dia. Y aunque parecia al misionero que no era peligrosa la indisposicion; sin embargo, no se atrevia á negar este consuelo á las afectuosas instancias del enfermo. Un viernes, cerca de la media noche, mandó llamar al padre: volvió este á su casa y lo halló lavándose el rostro, pies y manos. Preguntado cómo estando enfermo hacia semejante cosa en una hora tan importuna, respondió con una boca de risa: Estoy aseando mi cuerpo para recibir el Santo Oleo que ahora me has de dar, y mañana el Santísimo Sacramento, porque ha llegado ya mi hora, como te he dicho muchas veces. El misionero, aunque no hallaba indicios algunos de muerte tan próxima, le administró la Extremauncion, y al dia siguiente el Santo Viático. Perseveró un largo rato en accion de gracias, despues de lo cual, mandó llamar á los niños y niñas que aprendian la doctrina, y habiéndolos convidado para que le cantasen las oraciones de la Iglesia, y algunas otras piadosas letras que en su lengua les habian compuesto los padres en alabanza del Señor y de su Madre Santísima, sobrecogido como de un apacible sueño entregó su alma á Dios. Un soldado español del presidio de Sinaloa que acompañó en esta ocasion al padre y fué testigo de lo referido, quedó tan lleno de asombro y de una saludable compuncion, que sin poder contener las lágrimas partió luego de allí á hacer una confesion general, cuya sinceridad probó poniéndose en estado con la que habia sido ocasion de sus culpas, y perseverando despues en una cristiana regularidad de costumbres.

Estos eran algunos de los preciosos frutos que en la viña de Sinaloa caian ya de maduros por sí mismos sin fatiga, ántes con sumo consuelo de los obreros evangélicos. No pasaba así en la mision de Tarau-mara. Este terreno, ingrato al sudor de sus operarios no producía por estos años sino abrojos y espinas, que por poco llegan á sofocar enteramente la semilla de la divina palabra. Desde la mitad del año de 48, cuatro de los principales caciques habian comenzado á amotinar los pueblos. Llámanse, *Sopigiori*, *Tepox*, *Ochavari*, y *D. Bartolomé*. Noticiosos los padres de las pláticas sediciosas de estos foragidos, pasaron aviso al gobernador de la Vizcaya que aun era D. Luis Valdés. La

Principio de la inquietud de los tarau-mares.

diligencia de este caballero, si no impidió del todo la conspiracion, á lo ménos con la muerte del cacique de S. Pablo, tepehuan de nacion, estorbó que á los taramaues se agregase el socorro de una gente ladina, industriosa, aguerrida y abundante de todo lo necesario para mantenerse largo tiempo en campaña. Perdida la esperanza de este auxilio, los taramaues comenzaron á obrar por sí solos. El primer golpe cayó sobre el pueblo de S. Francisco de Borja, lugar que por la abundancia de pastos y fertilidad de sus tierras, era el granero de donde sacaban los misioneros el necesario sustento. Cinco españoles y algunos indios que se habian enviado á defender este puesto, murieron á manos de los bárbaros que los cercaron, y pusieron fuego á las casas donde se habian retirado. A los taramaues de S. Felipe de Chihuahua que habian tambien ocurrido á la defensa, no hicieron daño alguno, queriendo tenerlos gratos para hacerlos entrar en su partido. El capitán Juan Fernandez de Carrion, justicia mayor del Parral, con la poca gente que pudo juntar de mercaderes y vecinos de los pueblos, entró algunas leguas en busca de los agresores. Esta especie de aventureros no era muy propia para una expedicion arriesgada y que pedia algun tiempo. Así, despues de algunas ligeras escaramuzas con algunas cuadrillas desbandadas, sin haber podido encontrar con el grueso de los enemigos, hubo de volverse al Parral, donde á cada uno lo llamaban sus negocios domésticos. Informado el gobernador de Nueva-Vizcaya, hizo entrar en las tierras de los alzados al capitán Juan de Barrasa, á cuyo cargo estaba el presidio de Cerrogorido, hombre de mucho valor y de una grande esperiencia en guerras de este género. Dos eclesiásticos que creian tener para con los indios mayor autoridad de la que efectivamente tenian, pidieron licencia al mismo gobernador para entrar con el capitán Barrasa. A pocos dias de marcha, no solo pretendian tener parte en todos los consejos, sino que á su arbitrio despachaban tropas de indios amigos, tomaban puestos, disponian las jornadas, y causaban en el ejército una division siempre pernicioso. El gobernador instruido de lo que pasaba, mandó retirar del campo á aquellos dos eclesiásticos, y en su lugar quiso que fuese el padre *Vigilio Maex*, ministro de Satevo.

Castiga el gobernador á los alzados.

Con este nuevo orden marchó á largas jornadas ácia el valle del Aguila, donde se sabia haberse acogido los alzados. Por muchos dias no se pudo llegar á las manos, hasta que habiendo enviado al capitán Diego del Castillo á reconocer el campo de los enemigos, encontró es-

te con una tropa de ellos, de que hirió á muchos y mató algunos. Conocido por medio de algunos prisioneros el número de los contrarios, y los ventajosos puestos que ocupaban, determinó el capitán Barrasa dar aviso al gobernador de la Vizcaya, que ya era entonces D. Diego Fajardo, pidiéndole juntamente víveres y algun mayor número de soldados. El nuevo gobernador, recibida esta noticia, marchó en persona al Parral, de donde á la frente de trescientos sesenta hombres entre españoles é indios amigos, partió á juntarse con el capitán Barrasa, como lo ejecutó el 18 de enero de 1649 con extraordinaria diligencia. Logró su señoría que atemorizados los indios con varios acometimientos felices, y con muchas partidas de españoles que por todas partes los seguian, quemadas mas de trescientas de sus pequeñas poblaciones y taladas sus sementeras, y muertos ó prisioneros muchos de los suyos, viniesen rendidos á sometersele y á pedir la paz. Se les concedió con la condicion de que habian de entregar á los cuatro caciques autores de la sedicion. El principal agente de esta negociacion, que fué un cacique llamado D. Pablo, juntos luego muchos de los suyos partió en busca de los alzados y volvió al campo con la cabeza de D. Bartolomé y con la presa de sus hijos y muger. La misma fortuna corrió poco despues el cacique *Tepox*, que cayó en manos de una tropa de fieles taramaues. La conciencia de su delito le hizo pelear con desesperacion hasta morir erizado todo el cuerpo de innumerables flechas. *Sopigiosi* y *Ochavari* solitarios y errantes de bosques en bosques, presos ya sus hijos y mugeres, y la mayor parte de su séquito, se hubieron de rendir por fuerza, poco despues de la partida del gobernador. Este, ántes de volverse al Parral, dejó en el mismo valle del Aguila una poblacion nueva, á que dió por nombre la villa de Aguilar. El sitio era muy propio por la abundancia de agua y fertilidad de los campos, y por otra parte en bella situacion para servir de freno á la inquietud de aquellas naciones. Estaba muy cercano el valle *Papigochi* muy poblado de taramaues, y donde le pareció podia establecerse una florida mision, cuyo ministro atendiese juntamente á los españoles de la villa. Quiso que se encargase la Compañía de este cuidado, y efectivamente se envió luego al padre Cornelio Bendin, fervoroso flamenco que poco tiempo ántes, animado de este espíritu apostólico, habia venido de Europa.

El celoso misionero avanzó mucho en poco tiempo. Era dotado de un natural muy blando con que le fué fácil hacerse amar de los in-

Principios de la mision de Papigochi.

dios, que presto se congregaron en grande número. Fabricó casa é iglesia en lugar algo apartado de la villa, enseñando el mismo padre á los indios, y ayudándolos personalmente en el trabajo aun de sus propias chozas. Su caridad le traia de rancho en rancho por todos los contornos, alhagando á los naturales, y rara vez volvia sin mucho acompañamiento; de los que dejaban las breñas y los bosques, venian á establecerse cerca de la iglesia. Comenzó luego á instruirlos, y en poco tiempo habia ya conferido el bautismo á la mayor parte de los adultos. En medio de unos progresos que llenaban de consuelo no le faltaba al santo hombre mucha materia de mortificacion por las vejaciones que hacian á los neófitos muchos vecinos de la villa, mas atentos á sus temporales intereses, que á la propagacion del reino de Dios. En vano se quejó el misionero á la justicia y aun al gobernador del Parral. Nada valió sino para atraerle nuevos enemigos entre los mismos españoles, de quienes no faltó un malvado que intentase poner sus manos sacrílegas en el Cristo del Señor. Los indios, que hallándose afligidos y cuasi reducidos á esclavitud se creian engañados, procuraron deshacerse de unos vecinos tan incómodos. No estaban aun bien apagadas las cenizas del pasado alzamiento. La nueva villa la miraban como freno que habia querido imponérseles, y á los moradores como otros tantos tiranos de su libertad. D. Diego de Lara, gobernador de la nueva villa, con esta noticia avisó al padre que no tenia segura la vida, y que se retirase. El bendito hombre respondió que no podia resolverse á desamparar á sus amados hijos: que él no les habia hecho mal alguno, ni tenia por qué temer, y que en todo trance estaba dispuesto á morir por su rebaño. Era esto á fines del año de 49, y presos por entónces algunos sediciosos, pareció serenarse un tanto la borrasca.

Renuévase la sedicion y muere el padre Cornelio Bendin á manos de los bárbaros.

Esta fingida paz no duró sino mientras fortificaban mas su partido. Los principales autores eran *D. Diego Barrasa*, cacique de S. Diego Iguchinipa, *D. Luis Cacique de Yagunaque y Teporaca*, otro bravo cacique que en el motin antecedente habia sido muy fiel á los españoles, y ahora habia vuelto las armas contra ellos. Aconteció que el dia 15 de mayo de este año de 50, fuese el padre Cornelio á dar la Extremauncion á una india jóven, que luego murió ántes de dos horas. La madre, penetrada del mas vivo dolor, salió como furiosa gritando por el pueblo que el padre con aquellos aceites habia muerto á su hija. En los ánimos ya conmovidos, hizo una grande impresion esta calumnia. Ya cuasi corrian á las armas, y no sin grande fatiga del misionero vi-

nieron á sosegarse por entónces. Sin embargo, así los tres caciques nombrados, como algunos hechiceros, que nunca faltan entre estas gentes, tomaron de aquí ocasion para avivar mas sus pláticas sediciosas. El cacique de Yagunaque era un declarado apóstata. Decia públicamente que no habia de volver á ver padre ninguno sino para darle la muerte: que no queria oírlos ni aprender mas de su ley, que él no tenia mas Dios que su carne, su muger y sus hijos. El Teporaca era un indio de bastantes luces y de una persuacion natural, que apenas dejaba libertad para resistir á sus discursos. Por otra parte, se le creia tanto mas, cuanto habiendo sido ántes muy amigo de los españoles, no se persuadian á que se hubiese vuelto contra ellos sin razones muy justificadas. Añadiase el crédito de su valor y astucia militar con que habia hecho tanto estrago en los mismos de su nacion en la guerra pasada, y que habia tantos motivos de creer emplearia mejor en los extraños por la defensa de sus naturales. Convocados muchos pueblos y dispuesto todo lo necesario, la madrugada del sábado 4 de junio, vispera de pás-cua de Pentecostes, prendieron fuego á la casa del padre, dos horas ántes de amanecer. La algazara de los enemigos que rodeaban por todas partes la casa, el calor y el humo, avisó luego al misionero y á un soldado que se le habia enviado de escolta, llamado Fabian Vazquez. Uno y otro corrieron bien presto á sus armas: el padre, á un devoto Crucifijo, el soldado al arcabuz y la espada para defenderse y defender al misionero. Este, como se supo despues por unos muchachos que le asistian, vuelto con admirable serenidad á Fabian Vazquez. No estamos (le dijo) en estado de defendernos, ni de ofender con esas armas. Es llegada la hora de Dios, y no nos toca sino disponernos para ella. La casa está cercada de innumerables bárbaros, y el fuego nos hará salir de ella bien presto para entregarnos en sus manos. Aprovechaos de este corto tiempo, y de un sacerdote que teneis á vuestro lado. Dicho esto, se sentó á confesarlo cuanto permitia la ocasion, y luego con un valor intrépido abrió la puerta que conducia á la iglesia; los indios le siguieron con grande alarido flechándole incesantemente hasta el pié del altar mayor, donde se postró ya desangrado. Aquí, uno á quien pocos dias ántes habia el padre bautizado, le echó un cordel al cuello, y arrastrándole por toda la iglesia, lo sacó hasta una cruz que estaba en el cementerio. Entre tanto, unos le tiraban flechas, otros le herian con gruesas macanas, hasta que llegando á la cruz espiró al golpe de una piedra en forma de macana con que le dieron en